Françoise
Bourdin

Como el agua y el fuego

Traducción:
A. Beutnagel

MAEVA

1

A Kate la cautivó desde el principio. Lo veía como un joven de un encanto excepcional, muy distinto a sus hermanos, que la sometían de la noche a la mañana a juegos brutales y palabras desconsideradas. El primer día, conquistada, solemnemente tendió a Scott su manita de niña, presintiendo que a partir de entonces sería su único amigo.

A sus trece años ya conocía la tristeza de haber sido separada de su padre y haberse quedado sin ninguna referencia masculina. A la heredad de Gillespie había llegado con unas ganas horribles de seguir llorando, como desde hacía meses. Su padrastro, Angus, no la había recibido con los brazos abiertos, sino con una mirada escrutadora que le daba miedo. La casa, una gran mansión victoriana, la intimidaba tanto que no se imaginaba ni una noche en ella. Hasta el propio paisaje le inspiraba terror, a pesar de su grandeza. Sin embargo, su madre no se molestaba en consolarla ni en tranquilizarla; juzgaba sus lágrimas de simples caprichos de chiquilla mientras ensalzaba por enésima vez las múltiples ventajas de su nueva vida.

Nueva, sí, porque de ahora en adelante todo iba a cambiar. El matrimonio de su madre en segundas nupcias con Angus Gillespie comportaba un vuelco radical, aunque no todo en ese vuelco fuera motivo de alegría. Atrás quedaban los colegios de Kate y de sus hermanos, sus amigos, sus actividades, y también su apartamento de París. En el contenedor

enviado a Escocia había mucha ropa, pero solo una parte de sus libros y juegos, que habían dejado en París porque estorbaban demasiado. Rumbo a Glasgow, a los cuatro se les encogió el corazón cuando vieron, por las ventanillas del avión, que el territorio francés se alejaba.

En Gillespie no había nada salvo espuma en el mar, niebla en las colinas y rebaños de ovejas en la lejanía. ¿Por qué había decidido su madre enclaustrarse con ellos en un lugar así? A Kate le resultaba inconcebible que se hubiera enamorado de Angus, un hombre de rostro severo, alto, robusto, con algunas canas plateadas en su rizada cabellera pelirroja, unas facciones como cortadas con cincel en una roca, y una mirada pálida que hurgaba en las personas hasta el alma. Aunque a Kate le horrorizase tener que llamarlo «padre», aceptaba la nueva costumbre desde que había descubierto que era una manera de considerar a Scott como otro hermano.

Gillespie era una heredad enorme, donde la vista se perdía no solo en pastos para las ovejas, sino en tierras de cultivo cubiertas de cebada, que se cosechaba para las destilerías donde se elaboraba el whisky, principal riqueza de la familia desde hacía varias generaciones. A partir de entonces, y durante años, Kate oiría hablar mucho sobre malteado, moltura, destilación y fermentación, temas que Angus abordaba sin descanso en las comidas, bombardeando a Scott con preguntas muy específicas. Aunque deseaba retirarse para poder dedicar más tiempo a la caza y el golf, le angustiaba la idea de pasar el testigo a su único hijo.

Después de que un antepasado comprara las tierras y adquiriera con ellas, conforme a la costumbre escocesa, el título de barón, los Gillespie no habían dejado de prosperar, y ahora Angus contaba con que Scott perpetuaría el linaje, de ahí lo estricto de su educación, fruto también de la desilusión y la inquietud de un padre con un solo descendiente. Tras varios años sin quedarse embarazada, su primera esposa, Mary, había vivido una pesadilla al dar a luz a Scott (en Gillespie, no en el

hospital), y desde entonces, a pesar de la insistencia y de los ruegos de su esposo, se había negado categóricamente a un segundo embarazo. Para colmo, no solo no manifestaba un amor de madre desbordante, sino que alimentaba una especie de rencor hacia Scott por haber llegado tan laboriosamente al mundo. Parecía que quisiera huir de Angus y de la casa. De ahí le vino su pasión por la cría de ovejas. Tras aumentar el rebaño, consiguió que Angus le comprase una pequeña fábrica textil que se estaba quedando obsoleta, y en la que podría explotar por su cuenta la lana de las ovejas. Mary se divertía mucho diseñando los motivos de las chaquetas de punto, las bufandas y los gorros. Salía siempre muy temprano y volvía muy tarde, hasta una noche en la que no volvió. Su coche había ido a parar al fondo de un barranco. Tardaron varios días en localizar los restos. Debía de haber muerto en el acto. Eso, al menos, era lo que esperaban todos, porque se había quedado aprisionada por la chapa y el cinturón de seguridad.

Para Angus el golpe fue muy duro. Dentro de la desgracia, tuvo la suerte de que su hermana Moïra, que llevaba mucho tiempo viviendo con él, tomara a su cargo la intendencia de la casa, una responsabilidad a la que había renunciado antes de la boda de Angus y que estuvo encantada de recuperar. La pequeña familia fue tirando durante una temporada. En vista de lo bien que se llevaba Scott con su tía Moïra, Angus aprovechó la corta edad de su hijo para dedicarse a los negocios. Las destilerías daban beneficios, y la fábrica de lanas la mantuvo en recuerdo de Mary. Acto seguido se propuso ampliar su mermada familia. Asignó el cargo de administrador a David, uno de sus primos arruinados, y emprendió la búsqueda de una nueva esposa. Sin embargo, se había vuelto receloso con el sexo femenino y ninguna mujer le parecía la adecuada. La única que podría haberle convenido era de ciudad, y se esfumó ante la perspectiva de vivir en Gillespie.

Mientras tanto, Scott se iba haciendo mayor. Bajo la demasiado laxa autoridad de su tía Moïra, se convirtió en un

niño revoltoso, tozudo e impertinente, y Angus acabó por mandarlo a un internado. La institución elegida fue un centro de élite, tan célebre por su rigor disciplinario como por sus buenos resultados, en el que Scott recibió una educación ejemplar que abrió su mente a las más diversas materias e hizo de él un deportista consumado. Jugaba al rugby, montaba a caballo y practicaba el boxeo, la esgrima y la escalada. Siempre que volvía a casa, en vacaciones, Angus le asignaba trabajos iniciáticos, como esquilar a las ovejas o cosechar la cebada. De esos años de internado, que habrían podido hacérsele muy duros, Scott solo guardaba buenos recuerdos, porque los malos ya no los tenía en la memoria, y sobre todo porque conservaba muy buenas amistades.

Al término de su escolarización pudo disfrutar de un año sabático. Angus aceptó regalarle un viaje de unos cuantos meses por Europa con la misión de observar el funcionamiento de las grandes fincas agrícolas fuera del Reino Unido. Aunque aquel soplo de libertad le vino bien a Scott, ya un hombre hecho y derecho, estuvo contento de volver a Gillespie, donde sabía que lo esperaba su padre para pasarle el testigo.

Lo último que preveía, en su impaciencia por hacerse valer, era toparse con una madrastra, ya que Angus había optado por no decirle nada sobre su segunda esposa. Según él, era un tema demasiado serio y personal para abordarlo por teléfono, y no le avergonzó alegar que guardaba la «buena» noticia para el regreso de Scott, quien, frente a los hechos consumados, tuvo la impresión de recibir una ducha de agua fría. La madrastra se llamaba Amélie y era una francesa divorciada con cuatro hijos mayores que habían venido con ella.

Los tres varones, John, George y Philip, eran adolescentes. En cambio, la hija, de trece años, todavía era una niña, y fue la única a quien Scott miró con buenos ojos adivinando en ella a un ser perdido al borde de la desesperación. Los chicos, mientras tanto, ya campaban a sus anchas por la casa y, aunque

solo llevaran unas semanas viviendo allí, se comportaban como si fuera terreno conquistado. Saltaba a la vista que su educación dejaba mucho que desear, algo en lo que Angus, sin embargo, no parecía tener ganas de intervenir. Feliz de haber hallado a una esposa, toleraba a su prole sin interesarse demasiado por ella. Eran hijos de otro hombre, inglés, para colmo, y lo único que merecían era una vaga benevolencia en consideración a Amélie, pero en ningún caso el esfuerzo de llevarlos por el buen camino.

Por su parte, Moïra parecía debatirse entre la dicha de que su hermano hubiera vuelto a casarse y el recelo ante una desconocida que había aterrizado con toda su tribu. Fue en esos términos como se sinceró con su sobrino en cuanto regresó, calificando de «adorable» a la pequeña Kate, pero de «odiosos» a los tres muchachos. De los cuartos asignados a estos últimos salía sin cesar un ruido de pelea y una barahúnda de músicas discordantes. Kate, por el contrario, se deslizaba silenciosa por los pasillos, y era frecuente encontrársela quieta frente a una de las ventanas, como absorta en la contemplación del parque.

La palabra «parque», a decir verdad, era demasiado pomposa. Angus no era un enamorado de los jardines bonitos, ni daba importancia a las flores que de vez en cuando recogía Moïra. Él se conformaba con que el césped estuviera bien cortado, tarea que con mayor o menor acierto desempeñaba su primo David a lomos de un ruidoso aparato. Como nunca se podaban los árboles, cada vez que se producía una ventolera, los caminos quedaban atravesados por ramas secas. Aun así, gracias a dos fuentes de piedra y algunos bancos de hierro forjado, el lugar respiraba un encanto romántico que hacía las delicias de Kate, descubridora de mil y un escondrijos que le permitían huir de la tiranía de sus hermanos y de la indiferencia de su madre. Fue en ese jardín donde pasó la mayor parte de su primer verano en Gillespie, temerosa de empezar en la escuela y lanzarse de nuevo a lo desconocido. Escribía cartas en secreto a su padre, aunque no podía echarlas al correo

porque no tenía su dirección. Tampoco él había dado señales de vida desde el divorcio, y Kate no se atrevía a pedir información a su madre. Por supuesto que era mucho mejor aquel silencio que las horrendas discusiones de la época de la separación, pero a Kate se le encogía el corazón siempre que pensaba en él. ¿Volvería a verlo alguna vez? ¿Había olvidado a sus tres hijos y a su «adorada» niña, como tan a menudo la llamaba? ¿Se había vuelto a casar como su madre? En su ignorancia, Kate sufría sin poder abrir el corazón a nadie. Sentada a la sombra de una roca, o junto a una de las fuentes, con un libro abierto en las rodillas, seguía escribiendo inútiles misivas en las que plasmaba su desasosiego.

Fue en uno de esos días grises y destemplados que anunciaban la llegada del otoño cuando la sorprendió Scott. Llevaba un jersey sobre los hombros, un hacha en las manos y el pelo apelmazado de sudor.

—¿Lees algo interesante? —preguntó al plantarse frente a ella.

Kate se derritió de gratitud por que se hubiera parado a dirigirle la palabra y le sonriera.

—*Los miserables,* una novela en francés.

—¡Ah! ¿Victor Hugo? Qué seria...

—Es que no sé cuál será el programa del colegio y no puedo adelantar lecturas, aunque supongo que tendré que dedicarme desde el principio de curso a los escritores ingleses. ¡O escoceses!

—En cualquier caso, te irá bien ser perfectamente bilingüe.

—Mi padre es inglés —le recordó ella.

Se sonrojó al decirlo. ¿Tenía derecho a hablar de su padre? Apresurándose a cambiar de tema, se interesó por si Scott conocía la escuela.

—No, es solo para niñas.

—¡Ah, mejor, así estaré tranquila! A veces los chicos... son insoportables.

Temió por segunda vez haber cometido una torpeza.

—Bueno, al menos mis hermanos —precisó con una pequeña y elocuente mueca—. Ya te habrás dado cuenta.

Vio pasar una sombra por el rostro del joven, que contestó como si midiera sus palabras.

—He vuelto hace demasiado poco tiempo como para tener formada una opinión.

—¿Tú a su edad eras muy revoltoso?

—Sí —reconoció Scott—. ¡Mucho! Pero no tenía hermana.

—Ah, pues ahora estoy yo —dijo ella atolondradamente.

Scott la miró de forma extraña, antes de asentir con la cabeza y recoger el hacha que había dejado a sus pies. Disgustada por la idea de que ya se fuera, Kate se levantó con la intención de acompañarlo.

—¿Vienes de talar árboles? —quiso saber.

—No, solo he cortado leña. Las chimeneas son insaciables, y pronto hará frío. Seguro que el clima escocés te parecerá menos benévolo que el de París.

Scott no dio muestras de querer quitársela de encima cuando ella le dio alcance.

—¿Conoces mi ciudad?

—No. Este año viajé unas semanas a Francia, pero en París solo he estado de paso.

—¡Ah, pues te encantaría! Es fantástica. Hay gente en todas partes y un montón de cosas que hacer o que ver. A mí me gustaba mucho mi colegio, cerca del jardín de Luxemburgo, un parque adonde iba a pasear con mis amigas. Tiene parterres de flores, esculturas, un estanque muy grande y... Y...

A pesar de sus esfuerzos, sufrió una especie de hipo y rompió a llorar, tapándose la cara con las manos.

—¿Kate?

Sintió que Scott le rozaba el pelo con un gesto muy dulce.

—No llores —murmuró él—. Te entiendo.

Kate aún no tenía fuerzas para charlar desenfadadamente, aunque hubiera pensado lo contrario, y evocar París la había inundado de tristeza. ¿Qué hacía en aquel país desconocido,

rodeada de extraños? Siempre disimulaba el llanto porque sus hermanos se burlaban de ella y su madre le echaba sermones. En cambio, Scott no parecía irónico ni molesto.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —repitió enjugándose las lágrimas con la manga—. Me siento tan...

—¿Perdida? Es normal. No estás en tu casa.

—Dice mamá que aquí estamos en casa.

—Pues claro —respondió Scott sin convicción.

Su titubeo no pasó desapercibido a Kate, que se dio cuenta de que acababa de decir una nueva tontería. La situación la sobrepasaba. Advirtió, sin embargo, que Scott habría podido aborrecerlos a todos, a ella, a sus tres hermanos, incluso a su madre. ¿Qué había sentido al verlos instalados en su casa? El cobarde de Angus le había dejado el placer de descubrirlo por sí mismo. ¡Qué impresión debía de haberse llevado! ¿Y si decidía irse a vivir a otra parte? A fin de cuentas pertenecía al mundo de los adultos. Podía hacer lo que quisiera, incluso irse.

—No debemos de caerte muy bien —dijo apenada.

Oyó una risa y levantó la cabeza para observar a Scott. No se le apreciaba ninguna hostilidad, tan solo diversión.

—Qué graciosa eres, Kate. Mis sentimientos tienen poca importancia.

Acababan de salir al camino principal. De pronto se cernía sobre ellos la casona. La adolescente redujo el paso con un escalofrío.

—Voy a encender una buena hoguera. Si quieres seguir leyendo, en el salón tendrás calor.

Scott le puso una mano en el hombro, como si la animara a seguir.

—Todo irá bien —añadió en voz baja.

Por primera vez, Kate se sintió reconfortada. Tenía una necesidad desesperada de creer en sus palabras. Además, en compañía de Scott no se sentía tan perdida. Levantó la vista hacia la alta y blanca fachada tratando de localizar la ventana de su cuarto,

pero perdió la cuenta. Cuando se dio la vuelta, Scott ya se alejaba en otra dirección, balanceando el hacha con la mano.

Amélie se apartó de la ventana a toda prisa en cuanto su hija levantó la cabeza. Acababa de asomarse de forma maquinal, convencida de que a esas horas no habría nadie en el parque, y la irritaba haber descubierto a Kate con Scott. Saltaba a la vista que aquel joven no les tenía ninguna simpatía. ¿Qué podía haberle dicho a su hija? ¿Se había perdido Kate en el pequeño bosque que se extendía donde acababa el césped? Se pasaba todo el día fuera, con un libro bajo el brazo, cara de entierro y los ojos hinchados. Pero ¿cómo no se daba cuenta de la suerte que tenía, por Dios? Encontrarse de pronto, inesperadamente, en una mansión preciosa a dos pasos del mar, rodeada de lujos y matriculada en un colegio privado... ¿Qué habría sido de ella y sus hermanos si Amélie no hubiera conocido a Angus en el momento oportuno ni lo hubiera conducido a una boda rápida? El enlace lo solucionaba todo. Estaban salvados. Por otra parte, el esfuerzo de Amélie era muy relativo, ya que tampoco podía decirse que Angus le desagradara. Enamorada no estaba, eso por supuesto. Ya no se consideraba con edad para cursilerías románticas. ¡Para lo que le habían servido con Michael...! Una boda de ensueño, una corona de flores virginales sobre la cabeza, la boca llena de promesas de eternidad... Su «inglés guapo», como lo llamaba entonces, había hecho latir su corazón, pero después de dejarla embarazada cuatro veces había perdido el interés por ella y la había abandonado a su suerte... En los tres primeros años nacieron los tres niños, sin interrupción. Si por ella fuera, se habría plantado ahí, pero por desgracia Michael estaba empeñado en tener una hija, y la tuvieron con la misma rapidez. Durante una temporada formaron una familia digna de ese nombre. Vivían en un piso muy bonito, proporcionado por la empresa donde trabajaba Michael, en pleno barrio de Saint Germain des Prés. De

día Amélie cuidaba a los niños, y casi todas las noches salía con Michael. Al principio le enseñaba la ciudad, orgullosa de su condición de parisina, pero él no tardó en descubrir por sí mismo los locales de moda. Le gustaba salir de noche, siempre entre amigos, y parecía infatigable. Ahora bien, no era él quien se levantaba para dar los biberones. Mucho fingir que adoraba a sus hijos, pero nunca se ocupaba de ellos. Y así pasaron volando los años, sin que Amélie se diera cuenta de nada, ni del desgaste de la vida cotidiana ni de que las colaboradoras de Michael fueran siempre demasiado guapas. Él empezó a ausentarse cada vez con myor frecuencia, escudándose en congresos, reuniones, simposios... Y ella, como una idiota, se lo tragaba todo con la desconcertante ingenuidad de las mujeres. Michael casi nunca estaba en casa los fines de semana, y si pasaba algún domingo en familia parecía horrorizado por el ruido y la efervescencia que reinaban en el hogar. El apartamento era un campo de batalla, y Amélie ya no tenía tiempo de cuidarse. Una mañana se encontró en el cuarto de baño una carta de Michael, demasiado cobarde para anunciar su decisión de viva voz. Había conocido «a alguien», escribía.

Después de varias discusiones épicas, llegó enseguida el divorcio entre ruido de tambores. Defendido con brillantez por un abogado astuto y bien pagado, Michael solo tuvo que desembolsar una pensión risible. ¡Y encima, el juez, al oír el argumento de que la empresa donde trabajaba Michael concedería seis meses a Amélie para cambiar de piso, estimó que esa limosna debía computarse como prestación compensatoria! Ella ganó algunos meses más a base de lloriquear, y gracias a ello los niños pudieron seguir viviendo con normalidad mientras buscaba una solución urgente. ¿Volver a trabajar? Tardaría un montón en encontrar trabajo y seguro que acabaría con una miseria de sueldo. No, tenía cosas mejores que hacer, como por ejemplo cuidarse, y es que a sus casi cuarenta años aún podía estar orgullosa de su cuerpo. Fue ella esta vez la que empezó a salir, dejando a los niños al cuidado de ellos mismos, y entonces

tuvo la suerte inaudita de conocer a Angus. Estaba en París solo de paso, así que había que darse prisa. Mientras él se explayaba sobre Gillespie, sus destilerías y su fábrica de lanas, ella iba descubriendo todas las ventajas de esa espléndida oportunidad. ¿Escocia? ¡Pues adelante con Escocia! Por lo que a ella respectaba, la preciosa mansión cuya foto le había enseñado Angus podía estar en cualquier sitio. Estaba dispuesta a vivir en ella a condición de convertirse oficialmente en la señora Gillespie. Angus le habló vagamente de Scott, su único hijo, de veintidós años, pero Amélie no le hizo mucho caso, ocupada como estaba en subyugarlo con ardides de mujer fatal. Al ser consciente de que ponía en el cesto de la novia el peso de cuatro hijos, desplegó toda la sensualidad que tenía dentro llevando a Angus al séptimo cielo.

Sonrió al recordarlo. Ahora a su marido lo tenía pillado y bien pillado, bebiendo los vientos por ella. El precio de su elección era que Angus, a pesar de sus sesenta años, se mostraba tan ardoroso como un hombre joven y hacía uso casi cada noche de sus derechos conyugales. Pero tampoco era tan grave, a fin de cuentas. Él tenía cierto encanto tosco, en las antípodas de la afabilidad de Michael, y Amélie no quería nada que le recordase su primer matrimonio. Esa página la había pasado; con cierta precipitación, tenía que reconocerlo, y era normal que a los niños les costara un poco adaptarse a su padrastro, pero ya se acostumbrarían, como a la magnífica mansión que ahora era su nuevo hogar. Tenía la esperanza de que las actividades físicas del campo los apaciguasen, y por ello les daba rienda suelta. Quizá Angus le ayudara después a completar su educación. Si les tomaba cariño a los chicos, o incluso a Kate, tendrían el futuro asegurado. De momento, Angus creía tener un solo hijo, pero seguro que con el tiempo podría incorporar a sus hijastros a sus negocios y su herencia... Como buen escocés había exigido un contrato matrimonial, pero ese contrato, como todos, se podía modificar. Amélie sabía lo que quería y cómo conseguirlo.

Se acercó otra vez a la ventana. Ahora el parque estaba vacío. Scott y Kate habían desaparecido. No pintaban nada juntos. La antipatía manifestada por el joven distaba mucho de resultarle molesta. Al contrario, contaba con usarla para hacerse la mártir. Le diría a Angus que se sentía rechazada por su hijo y, ya puestos, por su hermana, visto que Moïra la había recibido con unas reservas rayanas en la frialdad. Ahora tendrían que acostumbrarse todos a considerarla como la señora de la casa.

Dio la espalda a la ventana para fijarse en la decoración del dormitorio. Paredes revestidas de madera oscura, arabescos pintados al fresco en el techo, cortinas pesadas, polvorientas... Todo pedía a gritos una buena reforma y el toque alegre del famoso buen gusto francés, que Angus sabría apreciar. Empezaría por ahí antes de extender su huella al resto de la casona. Los niños estaban alojados en la misma planta, pero en el ala oeste, y de momento les encantaba su independencia. Indiferentes a los muebles y al color de la pintura, se conformaban con sembrar el caos poniendo música a todo volumen. En cambio Kate parecía amedrentada por su habitación, exageradamente grande, con paredes de un terciopelo que con el tiempo ya no era gris, sino amarillo. Hasta el propio Angus había esbozado una mueca al abrir la puerta. Moïra, consternada, adujo entonces que al menos la pequeña no estaría muy lejos de su madre. La casa disponía de un gran número de dormitorios, pero había pasillos, escaleras y recodos por todas partes, y a los recién llegados les costaba orientarse. A los dos días, después de dar varias vueltas por la que era ya su propiedad, Amélie tenía toda la distribución en la cabeza. Moïra, el primo David y Scott vivían en la segunda planta, lo cual significaba que Angus debía de haber pasado algunos años solo en la primera. ¡Miedoso no era, estaba claro!

Fue a sentarse al pie de la cama, pensativa. ¿Estarían a gusto los niños cuando se hubieran aclimatado? Era un lugar magnífico, de eso no cabía duda, y podían considerarse en su

casa. Dentro de poco se habrían acostumbrado a llamar «padre» a Angus, cosa que inevitablemente afianzaría su vínculo con él. Amélie no quería forzarlos. Era mejor dejar que descubriesen por su cuenta el placer de vivir en una finca como aquella, recorriendo las tierras inmensas que la rodeaban y practicando todos los deportes que quisieran sin preocuparse por el dinero. Ella, por su parte, se congratulaba de su elección, y se sentía dispuesta a tomar gusto por Gillespie y rehacer allí su vida. No echaba de menos París, demasiado ligado a la zozobra por su porvenir y el de sus hijos. En Gillespie volvía a ser una esposa querida, una madre previsora y una persona importante.

Una especie de galope al otro lado de la puerta precedió a la irrupción de sus hijos. Gritaban, enzarzados en otra de sus discusiones.

Angus había convertido la sala de fumar en su guarida. Cuando aún se encontraba en este mundo, Mary aborrecía el olor de sus puros. De ahí venía la costumbre de su esposo de aislarse en aquella habitación, a la que había trasladado poco a poco los expedientes de los múltiples negocios de la propiedad. Con el paso del tiempo la había hecho suya, y ahora nadie entraba sin llamar.

—¡Pasa! —dijo con su voz estentórea.

Vio que Scott se había duchado y cambiado. Acababa de verlo con su hacha en el jardín, cansado pero sereno. Su primera conversación sobre Amélie había sido turbulenta, como era de prever. Angus esperaba que la segunda aplacara un poco los ánimos.

—¿Qué, te has desfogado con un árbol? —preguntó irónico.

—No, con unos tocones que se tenían que volver a cortar.

—En principio ya se encarga David, que paga a alguien para que nos corte la leña.

—Pero no lo vigila.

—Bueno, eso...

Intercambiaron una sonrisa cómplice. Angus, como de costumbre, evitó añadir que David era un primo muy simpático, pero un administrador muy mediocre.

—Siéntate, que tenemos que hablar. Sé que no estás contento.

—Digamos que... sorprendido y molesto.

—¿Por qué? ¡Me parece que he dejado pasar bastantes años desde que se murió tu madre para poder volver a casarme! Además, es mi vida, no la tuya. No tengo por qué pedirte permiso. Reconoce al menos que Amélie es muy guapa.

—Cuestión de gustos. Personalmente solo miro a las de mi generación.

—Eso es un golpe bajo.

—Solo te hago notar que tiene veinte años menos que tú.

—¿Y qué?

—Nada, pero habéis ido muy deprisa.

—Para traerla aquí primero tenía que casarme. Si no, no me habría seguido. Ella no lo habría dejado todo sin...

—¿Garantías?

—Es una manera de decirlo. ¡Pero es legítimo! ¡Intenta comprenderlo! Desarraigar a cuatro niños, cambiar de país, dejar atrás todas sus amistades...

—¿Y su familia? ¿Y su trabajo?

—No trabajaba. Criar a cuatro niños ya es un trabajo a jornada completa. De la familia no sé nada.

—Vamos, que saber no sabes mucho.

—Sé que me gusta y que por la noche me alegro de encontrarme con ella y ser un hombre casado. ¿Te queda claro?

El tono de Angus se había endurecido. No pensaba ceder ni un centímetro.

—Muy explícito, sí —reconoció Scott.

—Mejor, porque no te lo repetiré. ¿Qué piensas, que a los sesenta ya se está acabado? ¿Que ya no se tienen necesidades?

¡Anda, que...! ¡Tú espera que ya te llegará! Estoy en una edad fantástica, y por fin pienso disfrutar de la vida. Desde que enviudé, lo único que he hecho ha sido cuidarte y llevar las destilerías y la dichosa fábrica de lanas que quiso comprar tu madre, que hay que mantener a flote. Y para que tuvieras vida familiar he vivido entre mi hermana y mi primo. ¡Una juerga, vaya! Ahora me toca a mí. Es el momento de que me lo pase bien, así que no pongas esa cara de vinagre y vete acostumbrando a tu madrastra, ¿estamos?

—A ella, a su horror de nenes y a su hija.

Viendo la calma de Scott, Angus trató de recuperar su sangre fría.

—Kate es un encanto. De hecho, ni siquiera se la oye. En cuanto a los niños... ¿No podrías tomarlos un poco a tu cargo y hacer de hermano mayor?

—Espero que lo digas en broma.

—En absoluto.

—Si esperas que te descargue de tus negocios, eso es una ocupación a tiempo completo.

—¿«Descargarme»? —se indignó Angus—. Son «nuestros» negocios, y sobre todo «tu» futuro. No te hagas el buen hijo servicial. ¿Qué sería de ti si no tuvieras nada que heredar?

—Aprendería un oficio —replicó Scott, mirándolo fijamente.

Su primer desencuentro sobre el tema se remontaba a cuatro años atrás, cuando Scott planteó la posibilidad de estudiar medicina, o mejor veterinaria, y su padre descartó la idea a carcajada limpia, sin contemplaciones. ¿Qué sería de las destilerías, de la fábrica de lanas, de las tierras y de los rebaños? Como único descendiente de los Gillespie, Scott no tenía más opción que seguir el camino de sus antepasados.

—Bueno, vamos a seguir hablando en serio —zanjó Angus.

—Es lo que estoy haciendo.

A Scott le gustaba mucho la finca. Siempre se había interesado por ella y, en el fondo, no le molestaba que su padre

le hubiera marcado un poco el camino. Durante su viaje por Europa había pensado a menudo en Gillespie con fervientes deseos de volver, pero aquella madrastra caída del cielo trastocaba su visión de las cosas.

—¿Pensáis tener hijos, Amélie y tú? —preguntó pausadamente.

—¡Eso está más que descartado!

—¿Seguro? Aún no ha cumplido los cuarenta. Podría querer más niños, que entonces serían tuyos y llevarían tu apellido.

Angus dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que hizo que se cayera un abrecartas a los pies de Scott.

—¿Temes por tu herencia? —dijo entre burlón y enfurecido.

Scott se dio cuenta de que había tocado un punto sensible. Su padre no tenía nada de ingenuo, hasta albergaba buenas dosis de cinismo, pero en ese último tramo de su vida a veces podía dejarse llevar por los sentimientos.

—Mi herencia no es nada que se me deba. De hecho, hasta ahora me la habías presentado más bien como una obligación.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se desafiaron con la mirada.

—¿Por qué eres tan hostil? —dijo Angus finalmente—. Quizá no hayáis empezado con buen pie, pero ya se arreglará.

El primer encuentro entre Amélie y Scott no había sido precisamente halagüeño. Ambos habían mostrado una animosidad inmediata y recíproca, y hubiera sido difícil determinar cuál de los se sentía más incómodo. A ojos de Amélie, Scott representaba un obstáculo para los proyectos que tenía en mente para sus hijos, mientras que Scott miraba con evidente recelo a su nueva «madrastra». Tenía veinte años menos que su padre, arrastraba consigo a cuatro hijos y parecía resuelta a comportarse como la señora de la casa.

—Todo irá bien. Deja que pase el tiempo —insistió Angus.

De repente su tono era de súplica. Scott se sintió desarmado ante el cambio de actitud. Pero ¿de verdad podía creer

que aquella familia recompuesta gozaría de una vida armoniosa? ¿Suponía que se tomarían afecto solo por convivir? Claro que Angus tenía derecho a disfrutar de un segundo matrimonio... Y de todos modos estaba en su casa y podía imponer su ley.

—Ya hablaremos —murmuró.

La discusión se había estancado. No servía de nada enconarla.

—¡No! —protestó Angus, recuperando toda su vehemencia—. Para mí es un capítulo cerrado. Lo mínimo que espero de ti es cortesía con tu madrastra y benevolencia con sus hijos. No pienso tolerar ninguna otra actitud bajo mi techo.

Era una manera de recordar que seguía siendo el patriarca de la familia; una familia que desde hacía mucho tiempo le parecía demasiado escasa y que acababa de ampliar considerablemente. Que quisiera ir dejando sus negocios en manos de su hijo no significaba que fuera a ceder su autoridad.

Scott se levantó, esbozó una sonrisa forzada y salió sin decir nada.

Kate oía a su madre detallar las reformas que pensaba introducir en su cuarto.

—Este terciopelo amarillento tan espantoso lo cambiaremos por *chintz* claro. ¿Te gustaría un estampado de flores? ¿O prefieres rayas rosas sobre fondo crema, con las cortinas y los cojines a juego?

—¡Saldrá muy caro! —exclamó Kate con unos ojos como platos.

—Ese tipo de problemas ya no los tenemos, cariño. También habrá que conseguirte un tocador bien bonito, con su espejo. He visto uno en un dormitorio desocupado, no sé cuál. Tu padrastro me ha dado carta blanca para decorar la habitación a tu gusto. ¡Reconoce que es todo un detalle! Si ves algún mueble bonito, podemos instalarlo aquí sin ningún

problema. Te haría falta un escritorio para los deberes, por ejemplo...

Iba y venía, parlanchina, pero Kate no compartía su entusiasmo. Conociéndola, sabía muy bien que decoraría la habitación como ella quisiera. Aun así sería agradable librarse de aquel terciopelo amarillento. ¿Seguro que podían ir por toda la mansión arramblando con lo que les gustara? No estaba muy segura de que su «tía» Moïra, que hasta su llegada había llevado las riendas de la casa, estuviera de acuerdo con que lo pusieran todo patas arriba. ¿Y Scott?

Ahora que pensaba en él ya no oía a su madre. Era una suerte que en Gillespie hubiera alguien como Scott, tan buena persona... Angus seguía amedrentándola. David, tres cuartos de lo mismo. Moïra la intimidaba. Nadie se había mostrado amigable salvo Scott. ¡Y además era tan atractivo! Para una chica de la edad de Kate, encarnaba al héroe romántico de las novelas: guapo, alto, moreno, con los ojos de un azul pizarra oscuro, una silueta atlética pero esbelta, una voz grave, una sonrisa encantadora... Le parecía perfecto. Estaba encantada de que pudiera ser su nuevo hermano mayor.

—¡Anda, pero si tienes la cabeza en otra parte! —observó indignada Amélie.

—No, es que... Creo que me gustaría una alfombra.

—Muy buena idea. Te buscaré la que más te convenga. Verás lo bien que lo pasamos las dos. A tus hermanos les importan un bledo estos detalles. Me da pena, pero no tienen remedio.

Ya hacía tiempo que Amélie se declaraba impotente frente a sus tres hijos. ¿Acaso esperaba que Angus los metiera en vereda? Parecía que a Scott lo había educado bien, pero se trataba de su propio hijo, no de tres adolescentes extranjeros de los que casi no se sabía ni los nombres. De hecho, John, el mayor, le había confesado a su hermana que ninguno de los tres tenía la intención de obedecer a un desconocido. Aun así, y a pesar de sus fanfarronadas, rehuían cualquier tipo de

enfrentamiento y habían aceptado llamarlo «padre». También Kate usaba la palabra, pero a diferencia de sus hermanos no se las daba de rebelde.

—Le he escrito una carta a papá —anunció con voz titubeante—. Si pudieras darme su dirección...

—¡No la tengo! —se enfadó Amélie—. Se guarda mucho de informarme de dónde esta, seguro que por miedo de que le reclame algo. Nos ha olvidado a todos, pobrecita mía. Ve haciéndote a la idea.

Kate sintió un nudo en la garganta, lo cual solía anunciar lágrimas. La entristecía la manera que tenía su madre de hablar de su padre. No le apetecía creer en sus malas palabras.

—En esta vida no hay que mirar atrás. No sirve de nada —añadió Amélie—. Ya que tu padre nos ignora, no pienses más en él. Disfruta, que aquí tendrás una vida privilegiada. ¿Habrías podido imaginarte un dormitorio tan grande solo para ti, y con unas vistas tan bonitas? Ni en sueños, ¿verdad? Todo lo que ves por la ventana es de Angus, y ahora formas parte de su familia. ¡Vas a ser una chica muy envidiada, te lo aseguro! Te invitarán a todas partes y...

—¿Adónde, mamá? Si alrededor de aquí no hay nada. Esto es un desierto.

—Desierto, no; si acaso, agreste. Pero claro que hay gente. En otras fincas. Y Glasgow tampoco queda tan lejos. En cuanto sepas conducir tendrás tu propio coche. Mientras tanto, puedo llevarte yo. ¡Hay muchos teatros, museos, tiendas...! Ya no es la vieja ciudad industrial de hace cuarenta años. Se ha convertido en un sitio trepidante y moderno. Dicen que hasta tiene el mejor teatro musical de todo el Reino Unido.

Kate suspiró al pensar en París y en sus amigas, en los jardines de Luxemburgo y en todos los proyectos que habría podido cumplir allí y que ya no se harían realidad.

—Cariño —añadió su madre, más conciliadora—, tú no conoces Escocia. A tu padre, como a todos los ingleses, no le

gustaban los escoceses. Sin darse cuenta los caricaturizaba y decía tonterías. Pero en realidad es un país fantástico. Ya aprenderás a quererlo.

¿Su padre? Kate no recordaba que hubiera hablado mucho sobre Escocia. No debía de ser un tema de su interés. No, Kate no había llegado con ningún prejuicio desfavorable, pero el cambio estaba resultando demasiado brusco. Cambiar París por Londres habría sido soportable, pero aterrizar en aquellos campos que se extendían hasta el infinito, tapizados de bosques y colinas, con el mar como horizonte...

—¡Ahora no te pongas a llorar! —Amélie se había impacientado ante el mutismo de su hija—. ¡Tus hermanos hacen demasiado ruido, pero al menos tienen ímpetu! No seas tan introvertida, cariño. No te aísles tanto en el parque. Harías mejor en bajar a ver a Moïra, que está haciendo pasteles.

Con esas palabras, que debió de juzgar reconfortantes, salió del dormitorio, y Kate se quedó sola. No le disgustaba la idea de hacer una visita a la cocina, donde siempre flotaban olores deliciosos, pero decidió que primero subiría al mirador, desde donde se dominaban los tejados de la mansión. Decían sus hermanos que el panorama era espectacular. Ellos ya habían subido la primera semana, sin perder más tiempo, mientras que Kate aún no había encontrado el valor necesario para vencer el vértigo y el miedo al vacío. ¿Por qué no intentarlo de una vez por todas? Peligroso no era, y quizá viera a Scott en algún punto de la finca. Se puso el impermeable, aguzó el oído por si había alguien en el pasillo y se deslizó furtivamente hacia la escalera.

Angus, que se había quedado solo en su despacho, reflexionó un buen rato. Quería a Scott, y en cierto modo lo admiraba. A esa edad él no estaba tan seguro de sí mismo, ni había tenido aquella estampa de galán envuelto en un aura de misterio. Angus no era, por supuesto, el único pelirrojo de su generación,

pero aun así había sufrido las típicas bromas del colegio, que más adelante le habían hecho comportarse con torpeza ante las chicas. Aunque nunca se hubiera considerado un seductor y hubiera disimulado su timidez con una brusquedad casi agresiva, algo de éxito había tenido. Después llegó Mary, que lo libró de sus complejos al enamorarse de él...

¡Mary! Una mujer tan atractiva que en su juventud despertaba el deseo de todos los hombres. Scott le debía su mirada azul oscuro, su pelo moreno, liso y sedoso, su piel mate y su media sonrisa. Cuando miraba a su hijo, Angus no tenía más remedio que pensar en ella. Aceptar su desaparición había sido un proceso doloroso, largo y deprimente. A pesar de sus fantasías, cuyo ejemplo más claro era la fábrica de lanas, y de que el nacimiento de Scott los distanciase, la adoración de Angus por su mujer se mantuvo hasta el último día. Al enviudar, optó por refugiarse en el trabajo, y en momentos de necesidad se contentaba con ir a Glasgow en busca de placeres que obtenía a cambio de dinero. Tardó años en volver a interesarse por las mujeres, y cuando llegó ese momento lo hizo con prudencia. No sabía ligar, y recayó en una timidez que lo volvía arisco. Scott, en cambio, empezó a coleccionar novias. Era el niño mimado de su escuela, lo que despertaba vagos celos en Angus. ¿Seguiría él siendo un viudo de quien nadie quería saber nada, mientras su hijo acumulaba conquistas? Era una rivalidad absurda, por supuesto, pero a él le parecía que estaba en juego su hombría, y fue ese sentimiento el que le impulsó a salir «de caza». Reanudó el contacto con viejas amistades, se permitió unos cuantos viajes y, en París, se dio cita con la suerte.

El encuentro con Amélie se conservaba delicioso en su memoria. Sonriente y atenta, ella lo había escuchado con los ojos muy abiertos. Y él volvió a sentirse joven cuando la tuvo entre sus brazos. De ningún modo podía dejar escapar aquella segunda oportunidad que le brindaba la vida. Ciertamente había ido rápido, pero Amélie parecía tener la misma prisa.

Dos cenas a la luz de las velas en pequeños restaurantes de Saint Germain des Prés; al final de la segunda, ella lo acompañó hasta su habitación de hotel, y a partir de ahí... el deslumbramiento. Aquel día, al despertarse a su lado lleno de vigor y rejuvenecido, comprendió que solo había una decisión posible. Poco importaba lo que pensara Scott, lo que cavilara Moïra o lo que dijera la gente. Poco importaba, en el peor de los casos, que Amélie no fuera del todo sincera ni estuviera tan enamorada. Lo simulaba bien, y si Angus representaba para ella una oportunidad, tanto mejor, porque también era así a la inversa. De ese modo, aquella boda tan precipitada no perjudicaría a nadie. Además, el tiempo podía convertir la gratitud en ternura, y entre los dos acabaría por formarse un vínculo más fuerte.

Amélie se prestaba al juego y se dejaba hacer el amor con toda la frecuencia que él quisiera. Su conducta era propia de una esposa. Se la veía cómoda en Gillespie, hasta el punto de que parecía querer arrebatarle a Moïra el gobierno de la casa. ¿Se encontraría Angus en la tesitura de tener que ejercer de árbitro? No le apetecía en absoluto verse mezclado en lo que llamaba «historias de comadres», y por otra parte no tenía previsto apartar a su hermana, a quien debía demasiado.

Sin salir de su perplejidad, se puso a jugar con el abrecartas que se le había caído al sulfurarse con Scott. Le resultaba exasperante ser juzgado por su hijo. Una primera reacción negativa entraba dentro de lo previsible, por supuesto, pero ahora las cosas debían normalizarse. También su primo David tendría que dejar de poner cara de sorpresa cada vez que se topaba con Amélie en un pasillo o en el camino del jardín. Ahora había una lady Gillespie. ¡Que se hiciera a la idea todo el mundo, por favor!

En cuanto a Scott... ¿Se sentía amenazado? ¿Pensaba de veras que su padre le negaría su cariño para entregárselo a los tres hijos varones de su nueva esposa? ¡Qué tontería! A ojos de Angus, John, George y Philip carecían de cualquier encanto.

Tres adolescentes descarados, por no decir ingobernables, a quienes tarde o temprano, si daba su permiso Amélie, sería necesario mandar a un internado, aunque había que decir que ella no estaba dispuesta a separarse de ellos y que Angus no pensaba obligarla, ya que los gastos de escolaridad correrían de su cuenta... ¡Daba vértigo calcular lo que había costado la de Scott y multiplicar por tres o cuatro el resultado! Bueno, pues que se las arreglase su madre con ellos. Mientras aquellos críos no le dieran la lata, él se mantendría al margen. Además, guardar las distancias respecto a esos tres gamberros contribuiría a que Scott se diera cuenta de que no tenía nada que temer. ¡Unos críos de padre... inglés! Individuo, para colmo, lo bastante abyecto como para abandonar a cuatro hijos. No era culpa de los chicos, pobres. Para Amélie debía de haber sido angustioso verse sola con los cuatro a su cargo. Desde esa perspectiva, Angus aparecía como un salvador, papel que le iba como anillo al dedo.

—Tendrás que acostumbrarte, Scott —rezongó entre dientes.

Hasta entonces las cosas siempre habían seguido su fluir natural. En la imaginación de Angus, su hijo lo sucedería entusiasmado. Como no podía ser de otra manera, las destilerías, principal fuente de ingresos de la familia, despertarían su pasión. También tomaría las riendas de la administración de los campos y los rebaños, y la buena marcha de la fábrica de lanas. De hecho, ya había empezado a hacer sus pinitos. Cada vez asumía más responsabilidades, tenía más iniciativa y ya no hablaba de aprender ningún otro oficio.

Excepto la alusión que había hecho aquella misma tarde... ¿Lo hacía para provocarlo? ¿O solo por ganas de quejarse? ¿De verdad que habría querido otra vida que la que le correspondía por ser quien era? ¿O pretendía dar a entender que si tomaba el testigo no lo compartiría con nadie?

Dejó el abrecartas y se levantó, desazonado. Para calmar los nervios decidió darse el lujo de un buen puro. Aunque lo

tuviera todo organizado y planeado de antemano, la irrupción de Amélie y su prole amenazaba con modificar algunos aspectos del futuro. Casado, y sobre todo deseando cada noche a su esposa con ardor, Angus podía volverse vulnerable. Y seguro que Scott lo sabía.

Abrió con cuidado su humidificador, eligió un puro, lo olió, lo hizo rodar entre sus dedos y volvió a sentarse. Mediante un pequeño aparato de doble guillotina cortó tan solo la punta, para que no se desenrollase la primera hoja. Era el ritual que ejecutaba cada vez que se daba permiso a sí mismo para fumar, a pesar de la prohibición de su médico, el cual, por otra parte, como buen amigo suyo, no solo no se dejaba engañar, sino que a veces incluso llegaba a compartir con Angus el placer vedado. Empezó por aplicar la llama al contorno antes de pasar al centro. Acto seguido aspiró con gran placer. A diferencia de Mary, Amélie decía que le encantaba el olor. ¿Era solo para complacerlo? En todo caso, Angus prefería reservar aquellos momentos privilegiados para la soledad de su despacho.

Echó un vistazo a la ventana a través de las volutas azuladas. Anochecía. Moïra ya debía de estar trajinando en la cocina. A menos que Amélie también hubiera decidido hacer valer su autoridad en los fogones... Más broncas en el horizonte. Suspiró y siguió chupando el puro. Quizá hubiera sido mejor buscarse una amante fija, en Glasgow o en algún otro sitio, en vez de imponer una esposa legítima bajo los techos de Gillespie. ¡Acababa de meterse en la boca del lobo, tan amante como era de la rutina y de los horarios bien cuadrados! Pero ¿cómo podía resistirse a los sentimientos? Más allá de los placeres de la carne, era una delicia sentirse querido, o simplemente valorado, o recibir en todo caso arrumacos diarios. Y después de tanto tiempo solo, le correspondía por derecho.

Cerró los ojos, apoyado en el respaldo del sillón. Era barón, y *laird*, un título de cortesía que en Escocia equivalía al

de caballero en Inglaterra. Gozaba del respeto general, tenía buenas cuentas en el banco y sus negocios iban viento en popa. Pronto lo sucedería su hijo y podría dedicarse al golf, a las jornadas de caza y a las noches de pasión. ¿Qué más podía desear? Su felicidad era completa. No dejaría que nadie la empañara.